

SILVIA ARRÚ ESTEVE

LA HUIDA

La huida

Silvia Arrú Esteve

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17365-39-4

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2018 Silvia Arrú Esteve

© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi padre,
mi timón y mi ancla.*

LA HUIDA

LA HUIDA

Me voy. Sin mirar atrás.

En una mano una maleta y en la otra, un hijo.

¿El futuro? Incierto.

No me voy así, sin más, es una huida, no dejo nada atrás. Él, mi hijo, lo deja todo, deja amigos, escuela, calles y parques. Y sé que me odia por ello.

Fue él quien me lo dijo, mamá, vámonos de aquí. En realidad, quiso decir, mamá, vámonos de casa. Nada más.

Le llevo cogido de la mano, es mayor para eso, quince años, mañana dieciséis.

¿Celebrados? Quién sabe.

Intenta soltarse a cada momento y lo aprieto más fuerte, su mirada hacia atrás, en la mía, miedo. Miedo de que eche a correr a su mundo conocido, un mundo del que lo he arrancado para llevármelo vete a saber dónde.

¿El fin? La libertad.

Sabe que no podemos quedarnos aquí, le dije, si tú te quedas, yo me quedo. Me miró, no bajé la mirada, él tampoco, desafiantes los dos, inflexibles.

No había nada más que añadir y él lo sabía, porque él lo sabía todo.

Sabía de los insultos, de las amenazas, de los golpes, de las heridas visibles e invisibles, de mis lágrimas y de las suyas.

Sabía de sus puños todavía pequeños intentando parar otros puños, de sus lágrimas pidiendo clemencia, de su hacerse mayor conociendo el odio.

A él jamás le pegó, yo no lo hubiera permitido, probablemente lo hubiese matado, uno menos.

La furia siempre iba dirigida hacia mí. ¿Por qué no hui? Quién sabe.

Tal vez, porque todo empezó sin darme apenas cuenta. De pronto, un día, una palabra más alta que la otra, sin más importancia que eso, algún insulto espaciado en el tiempo, también, sin más importancia que eso.

Despacio, así fue como empezó y cuando quise darme cuenta, mi cuerpo y mi mente ya estaban muy debilitados, muy culpables, muy merecidos de todo lo que me pasaba. Había conseguido anularme como persona, tomó el control de mi vida, adónde podía ir, adónde no podía ir, con quién podía hablar, con quién no podía hablar, cómo me debía vestir, cómo no me debía vestir. Sin yo saberlo me había abducido, había entrado en una secta dentro de mi propia casa, su secta, mi secta.

Me llamo Elvira y a mis cuarenta y dos años huyo del infierno.

MONJAS-MADRES

Me crie, prácticamente toda mi niñez, en un orfanato. Huérfana de madre al nacer, murió en el parto, muy joven, apenas tenía veinte años, los detalles, no los sé. Padre desconocido, me acogieron mis abuelos, ya por entonces muy mayores y murieron con pocos meses de diferencia cuando yo tenía cinco años, casi no tengo recuerdos de ellos.

Ingresé en un orfanato y nadie se interesó nunca por mí, los posibles padres adoptivos, después de mucha lucha burocrática, solo buscaban bebés, años y años esperando a un recién nacido mientras los demás niños ya demasiado mayores para ellos íbamos creciendo sin saber lo que era el amor de unos padres, aunque no todos, algunos tuvieron más suerte, solo unos pocos, y yo no estuve entre esos pocos.

No sé si tuve una infancia feliz, creo que tuve una infancia y ya está. Tampoco sé realmente, ni ahora con el paso del tiempo, el significado real de esa palabra, feliz, sí a ratos, supongo, como todo el mundo. ¿Feliz todo el tiempo? ¿Quién? Nadie.

Las personas, todos, empleamos esta palabra como si tuviera que ser una obligación, el ser feliz. ¿Eres feliz? La psicóloga del orfanato empeñada en preguntármelo una y otra vez, ya en mi adolescencia, y yo empeñada en no responderle ni una ni otra vez, no porque no quisiera responder, es que no sabía realmente el significado de esa palabra. Recuerdo una vez con dieciséis años y ya muy harta de oírla, le pregunte, ¿y tú, eres feliz? Me

miró como si le hubiera preguntado si podía subirme a un cohete y largarme a Marte, no volvió a preguntármelo durante los dos años siguientes que estuve allí.

Éramos unos cuarenta niños en el orfanato donde me crie, de distintas edades, incluso de distintas nacionalidades y de distintas razas. Unos entraban, otros, ya cumplidos los dieciocho, salían, y algunos, como ya he dicho, muy pocos, los de la suerte como decíamos nosotros, eran adoptados por alguna familia y ya nunca más volvíamos a saber de ellos. Desaparecían de nuestras vidas, de nuestras clases y de nuestros juegos, sus camas sin des-hacer, sus armarios vacíos, sus voces calladas, sus risas ausentes.

Cuando uno de esos niños era adoptado, y yo era todavía muy pequeña, siempre pensaba que sería la siguiente y en mi mente y en mis sueños dibujaba un mundo de papás y mamás y hermanos y abuelos. No vivía obsesionada por ello, creo que ni siquiera tenía prisa alguna, creo que pensaba, ya llegará el día, ya me tocará a mí, pero nunca llegó, no me tocó, no fui una de los de la suerte, como decíamos nosotros.

Íbamos a distintos colegios del barrio, dependiendo de la edad que tuviéramos, los más pequeños iban a una guardería que estaba situada muy cerca del orfanato, los de primaria y los mayores que cursaban bachillerato o alguna formación profesional estaban repartidos entre dos escuelas, también del mismo barrio, pero un poco más alejadas de nuestra casa. Porque sí, era nuestra casa, allí donde íbamos creciendo, donde compartíamos habitaciones, desayunos, comidas, cenas y donde teníamos nuestros objetos personales, pocos, pero de gran valor para nosotros.

Yo, en mi minúsculo armario, donde apenas me cabía la poca ropa que tenía junto a un par de zapatos, guardaba unos pequeños tesoros, mis pequeños tesoros, que solo eran unas pocas fotografías de mi madre, de mis abuelos y de mi corta infancia junto a ellos.

Mi madre, tan joven, tan guapa, tan muerta.

Cumplidos ya los ocho años fue cuando descubrí lo crueles que podían llegar a ser los niños, esos niños con los que compartía mesas, sillas, comida y escuela. Niños con casa propia, con ha-

bitación propia, con papás y mamás. Tanta maldad en esos cuerpos tan pequeños, recordándome una y otra vez de dónde venía, lo que no tenía, que era hija de nadie, nieta de nadie, hermana de nadie, me hacían el vacío, no querían compartir su pupitre ni sus juegos. Entonces todavía no había una palabra para describir tanto rechazo, tanta hostilidad, hoy en día sí la hay.

Sufrió mucho durante esos años, ese acoso sin sentido que yo no entendía, entonces aún no nos trataba ningún psicólogo en el orfanato que me pudiera preguntar: ¿Eres feliz? La respuesta, quién sabe. Porque en realidad creo que sí era feliz en mi casa-orfanato, rodeada todo el tiempo de hijos de nadie.

Lo regentaban unas monjas, algunas jóvenes, otras, más mayores, todas buenas, repartiendo dosis de cariño a cada uno de nosotros, pero más, a los que se dejaban, a los que nos dejábamos, ya que algunos eran más hostiles, sobre todo los adolescentes que siempre eran los más rebeldes, chicos y chicas llenos de ¿porqués?, los cuales la mayoría de las veces no tenían respuesta, era en esa edad cuando empezaba la terapia para ayudarnos a enfrentarnos a la vida cuando saliéramos de allí. Yo temía ese día, empecé a temerlo cuando cumplí los quince, cuando ya hacía tiempo que me había dado cuenta, que yo no había sido uno de los de la suerte y que mi futuro sería un futuro de soledad. Entonces, también, empecé a volverme hostil, entonces, también, empezaron las sesiones con la psicóloga.

Al principio, yo muy dispuesta a que me ayudara, le hablaba y le conté a ella lo que nunca les había contado a mis monjas-madres de mi niñez, llena de exclusión y de rechazo, de las crueles palabras de mis compañeros de clase, de mis no amigos, de esos años inventando enfermedades de lo más inconcurrentes para no acudir a la escuela. Como los dolores de cabeza y de barriga ya estaban muy vistos y muy estudiados por las monjas, muy difíciles de engañar, yo inventaba todo tipo de males, palabras que no había oído nunca y que buscaba en el diccionario, me duele el hipotálamo y a la monja de turno a la que se lo iba a contar se me quedaba mirando y puede que incluso alguna, las más mayores, las que no tenían apenas estudios, me empezara a

tocar las muñecas, el cuello, la cabeza, buscando signos de fiebre o vete a saber qué, yo que era pequeña pero no tonta, sabía a cuál de ellas acudir a contarle cualquier barbaridad para no ir a la escuela. Algunas veces me salió bien, aunque la mayoría de las veces me salió mal.

La psicóloga se reía de mis ocurrencias y me preguntaba: ¿Pero ahora, estás bien? Mi respuesta siempre era la misma: Sí, estoy bien, y en realidad lo estaba, había crecido, los niños de mi clase también y había terminado el acoso, no me dejó ningún trauma, o eso creo.

Cumplí los dieciocho, terminé el bachillerato, con buenas notas, pero nadie iba a pagarme la universidad.

Y llegó mi despedida de la única casa que había conocido, de las únicas personas a las que quería y me querían.

Había vivido muchas de ellas, había visto cómo los más mayores se iban para no volver, había acudido a sus fiestas de despedida, había visto sus lágrimas, no todos, algunos, otros se mantenían firmes, serenos, valientes, o al menos, eso aparentaban.

Despedidas llenas de abrazos, besos y promesas de volver a visitarnos a nosotros, sus únicos hermanos, a ellas, sus monjas-madres.

Y volvían, al principio todos, a compartir comidas y experiencias, a contarnos cómo les iba fuera, fuera de su hogar. No obstante, esas visitas se iban espaciando en el tiempo, se iban evaporando en el espacio.

Esos chicos, huérfanos como yo, se incorporaban al mundo laboral, hacían nuevas amistades, encontraban parejas, formaban familias y casi todos, por no decir todos, se olvidaban de la nuestra.

Y las visitas se convertían en llamadas y las llamadas en cartas y las cartas en alguna postal que otra felicitando las navidades.

Algunos porque querían olvidar su pasado, su niñez sin te quieros y algunos recuerdos dolorosos. Otros, porque ya estaban absorbidos por su nueva vida, una vida de madres, padres e hijos. Esa vida que todos queríamos.

Mi despedida fue como tantas otras.

No nos echaban a la calle así, sin más. De hecho, no nos marchábamos del orfanato hasta que nuestras monjas-madres nos conseguían un puesto de trabajo y un lugar donde vivir, siempre pisos compartidos de estudiantes o gente trabajadora. También nos entregaban una cierta cantidad de dinero para sufragar los gastos de los primeros meses. Nunca supe de dónde salía ese dinero, supongo que de la administración del estado.

Cierto es, que mis monjas-madres trabajaban dentro del centro, por supuesto. Cosían, bordaban, cocinaban e incluso durante muchos años estuvieron montando bolígrafos para una empresa muy conocida del país.

No les pagaban grandes sueldos, pero entre los trabajos que hacían y lo que les suministraba el estado tenían suficiente para proporcionarnos a nosotros sus hijos-huérfanos, comida, ropa, regalos de cumpleaños, juguetes en navidad y salidas al cine a ver películas de vez en cuando.

Me prometí a mí misma no olvidarlas nunca, pero como tantos otros las olvidé, aunque lo mío fue un olvido forzado.

Sin saber cuándo, ni cómo, ni porqué, mi nueva vida me llevó a otra vida y a otra y a otra, y mi niñez se quedó allí, varada en el tiempo.

Me alquilaron una habitación en un piso el cual compartía con dos chicas, mayores que yo, María y Ana. Por llegar la última me tocó la habitación más pequeña, minúscula, una cama individual, un pequeño armario del que me sobraba la mitad y una pequeña mesa con una silla, pero no necesitaba más, no quería más. Me acogieron con cariño, me ofrecieron su amistad desde el primer instante, me cuidaban y me protegían de un mundo duro y cruel, como ellas decían. Sabían de dónde venía, sabían que no sabía nada, sabían que debían enseñármelo todo.

María, de la misma edad de Ana, veinticinco años por aquel entonces, trabajaba en una panadería haciendo más horas que un reloj para llegar a fin de mes e intentar tener unos pocos ahorros. Ana trabajaba de dependienta en una tienda del barrio, con horario partido y sueldo base. Trabajadoras y responsables las dos. Nuestras monjas-madres no nos metían en cualquier lugar, sino

todo lo contrario, se aseguraban bien de encontrarnos un buen sitio y rodearnos de buena gente.

Apenas hacía dos meses que había cumplido mi mayoría de edad, cuando sor Carmen me dijo que ya habían encontrado un trabajo para mí, en una granja-cafetería, lejos de aquí me dijeron, en la otra punta de la ciudad, un buen barrio, de familias y gente trabajadora. Muy habituadas ellas en el trabajo de buscar y encontrar, muy conocidas en la ciudad y muy queridas por la labor que hacían, nadie tenía ningún reparo en decirles, en aquella tienda buscan dependienta, en ese hotel necesitan un botones y así ellas nos iban colocando cuando cumplíamos la mayoría de edad, cuando la administración y el estado dejaba de pagar nuestras ayudas sabiéndonos capaces de ganar nuestro propio dinero.

Por otra parte, en el orfanato cada año entraban tres o cuatro niños nuevos, la mayoría muy pequeños, la mayoría muy asustados y los mayores debíamos dejar espacio a esos pequeños de futuro incierto como el nuestro.

Yo, a pocos días de abandonar el centro, contemplé la que iba a ser mi última llegada. Era un niño, pequeño, unos cinco o seis años calculé, lo trajo un asistente social, como siempre, como a todos. Recuerdo su mirada, asustada y recelosa, recuerdo a sor Carmen hablándole con cariño, rodeándolo de juguetes, ofreciéndole algo de comer y todo su amor de monja-madre. Yo sabía que ese pequeño iba a estar bien, como lo estaban todos, como lo estaba yo, pero, aun así, para mí, en silencio, le deseé: Ojalá que tú seas uno de los de la suerte.

Como siempre deseé, a todos esos niños más pequeños que yo, que entraban para quedarse.

El día que sor Teresa y sor Carmen me acompañaron a mi nuevo hogar, nos despedimos con besos, abrazos y lágrimas, y me dejaron allí, con trabajo, dinero y una pequeña maleta donde cabía todo mi mundo.

Y yo, apenas una adolescente, entré en un mundo desconocido, también para quedarme.

AHORA. EL TREN

Llegamos a la estación, voy hacia la taquilla, pido los billetes y los pago.

Subimos al tren, sin mirarnos, sin hablarnos, en realidad es él quien no me mira, quien no me habla. Me dijo:

—Solo tenemos que cambiar de casa, no de ciudad.

Traté de hacerle entender que eso no era posible, que su padre no nos iba a dejar en paz, que debíamos irnos lejos, no lo pudo entender entonces y no lo puede entender ahora.

Lo miro por el rabillo del ojo, su mirada seria, al frente, evitando la mía.

Sé lo que le estoy haciendo, sé que lo estoy alejando de todos y todo lo que conoce, sé lo que está pensando, todo lo que deja, todo lo que no se lleva.

Apenas hemos llenado dos maletas, ropa en la suya, en la mía algunas fotografías y dibujos de su infancia, algo de ropa, unos zapatos, nada más.

Si tú te quedas, yo me quedo, fueron mis palabras. Cara o cruz.

Dudó, un segundo, dos, y dijo voy, porque él sabía.

Lo que no sabe es que yo dudé más que él, tardé unos segundos más, tal vez tres, tal vez cuatro, en convencerme a mí misma de que esta huida era lo mejor, porque mi cuerpo y mi mente no iban a aguantar mucho más.

Morir de una paliza o enloquecer, qué más da.

El tren se pone en marcha, avanza, cruza ciudades, parajes, bosques y desiertos. Él mira a través de la ventana, yo lo miro a él. Sus ojos inyectados en sangre no lloran, los míos tampoco.

Voy a tener que romper este silencio de tantas horas.

—Dani, ¿tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—No.

—¿Has hablado con tus amigos? ¿Les has dicho que te marchas?

—¿Para qué?

—Harás nuevos amigos.

—No haré una mierda.

No le respondo, necesita tiempo y yo también.

Estuve más de un mes planeando y desplaneando esta huida. Un día estaba muy convencida y al siguiente me asaltaban todas las dudas y miedos, por mí y por mi hijo. Si me quedo, probablemente algún día me matará de una paliza y si me voy y empiezo una nueva vida, me encontrará y probablemente también me matará de una paliza.

¿Fácil la decisión? No.

He pensado miles de veces en denunciarlo, después de muchas palizas, de muchas pruebas acumuladas en mi cuerpo de mujer maltratada.

¿Pruebas? Para qué.

Veo cada día cómo funciona la justicia en este país. Ellas los denuncian, los detienen y los sueltan, los vuelven a denunciar, los vuelven a detener y los vuelven a soltar, ellos las matan y ellas mueren.

Y más niños huérfanos para mis monjas-madres.

No, jamás, no mi hijo. He visto durante mis largos años en el orfanato llegar a muchos de esos niños y no olvidaré nunca esas caras, esos ojos que vieron morir a sus madres, desamparados, perdidos, con la mirada puesta en ninguna parte, intentando exiliar recuerdos sin posibilidad de olvido, ese miedo en sus miradas, rechazando besos, abrazos y cariño.

Mis monjas-madres temían la llegada de esos pequeños que desviaban la mirada para no verlas, que no reaccionaban a los juguetes de bienvenida que les regalaban, siempre nuevos, comprados solo para ellos.

La psicóloga del centro empezaba a tratar a esos niños desde el mismo instante en que llegaban, fueran más grandes o más pequeños, daba igual. ¿Pero cómo borrar lo imborrable? Cuando una gran parte de ellos había visto, había oído, había luchado. Algunas veces conseguía borrar el horror de la mirada de los más pequeños, conseguía adaptarlos a su nueva vida y a su nuevo hogar, nunca a los más mayores, sin capacidad de olvido ni de perdón. Se aislaban, se recluían, se arrinconaban, rehusaban el contacto humano y la mayoría se convertían en seres hostiles viviendo en un lugar inhóspito. No querían compartir comidas, juegos, escuela y amigos, se habían quedado sin nada y no querían nada. Huérfanos de nadie.

La desesperación de nuestras monjas-madres se hacía muy patente esos primeros días y meses. Olvidándose un poco de nosotros y apiñadas alrededor de ellos, intentando arreglar el desastre, consintiéndolos, mimándolos y protegiéndolos. Si no les gustaba la comida, les preparaban otra distinta, si no querían ir a la escuela, pues no iban, y sin fingir pensaba yo para mis adentros, cuando aún me escocían los ojos de buscar enfermedades raras en el diccionario. Ellos no fingen y no van y a mí me duele el hipotálamo, la artrosis y el tendón de Aquiles y tengo que ir.

No me enfadaba con ellas, ni mucho menos, porque los demás niños, que habíamos llegado por otras vías menos dolorosas, estábamos al corriente de lo que les había sucedido a ellos y también queríamos ayudarlos a nuestra manera. Les invitábamos a jugar a nuestros juegos, les dejábamos ganar, siempre, les regalábamos nuestros juguetes favoritos, les dejábamos copiar los deberes, les ofrecíamos nuestros postres en la mesa.

Algunas veces nos los aceptaban, muchas otras nos los rechazaban.

Nos habían educado así, nos estaban educando así, ellas, a todos.

A ayudar al prójimo, como ellas decían, también tuve que buscar esa palabra en el diccionario. A compartir nuestras comidas, nuestros juegos, nuestro amor, a querernos unos a los otros como nos enseñaba la Biblia, porque sí, allí éramos muy creyentes, todos. Cada día íbamos misa, un padrenuestro al acostarnos

y otro al levantarnos, bendecíamos todas las comidas y le dábamos gracias a Dios a cada momento y por cualquier cosa. Y así, entre rezo y rezo, íbamos creciendo y convirtiéndonos en buenas personas, casi todos. Siempre había algún rebelde, siempre eran los que habían visto demasiado y solo por ese hecho ya les perdonábamos su rebeldía, porque la Biblia también nos había enseñado a perdonar.

Y así fue como yo había perdonado a todos esos niños que tanto daño me habían hecho en mis primeros años de colegio.

Y así ha sido como he perdonado a mi marido tantas y tantas veces.

—Perdónale, Señor, porque no sabe lo que está haciendo.

Y yo ahí, metida en mi casa, en mi cárcel, en mi secta, perdonando lo imperdonable.

Y tuvo que ser mi hijo quien me sacó de ese letargo. Mamá, vámonos de aquí. Y por fin desperté, deprisa y a tiempo. Él no sería un niño más de mis monjas-madres.

Porque él tenía una madre-madre.

Y yo no lo iba a abandonar, no iba a morir.

ANTES

Me habitué deprisa, a mi nueva casa, a ellas, mis compañeras y a mi trabajo.

Trabajaba todos los días de la semana, menos los martes, día festivo de la cafetería. Día que, durante muchos años, aproveché para visitar el orfanato, nunca con las manos vacías, siempre llegaba cargada con bolsas llenas de chuches para los más pequeños y unas galletas deliciosas que hacían en la cafetería donde trabajaba. Aunque siempre pensé que esas galletas sobraban porque mis monjas-madres eran las mejores cocineras del mundo y también las mejores reposteras. Ellas, solo verme entrar, ya me estaban regañando por gastarme el dinero en tonterías, como decían ellas y también por intentar provocar una invasión de caries en los más pequeños, bromeaban sobre eso mientras se iban comiendo las galletas sin dejar ni las migajas.

Me preguntaban cómo me iba con mis compañeras de piso y yo les respondía que ya eran mis amigas, me preguntaban cómo me iba en el trabajo, les respondía que mejor imposible, me preguntaban si acudía a la iglesia, les respondía que cuando no me dolía el hipotálamo sí y entonces sus risas se oían por todo el orfanato, por todo el barrio, por toda la ciudad, por todo el universo.

Creo que ellas, sí eran felices, mis monjas-madres.

También me ponían al día de los asuntos del orfanato, de los niños nuevos que iban entrando y de los pocos que se iban.

¿Visitas? Sí, muchas.

¿Adopciones? Pocas. Que si es demasiado mayor, que nuestra idea no era un niño extranjero, que si esta misma edad, pero que-remos una niña. Muchas visitas y muchas decepciones.

Creo que esas personas no querían un hijo, sino un catálogo entero de hijos para escoger.

La diferencia estaba, en que los que sí buscaban un hijo de verdad, entraban y se enamoraban de todos, el problema es que solo se podían llevar a uno de nosotros, a los de la suerte.

A la mayoría de esas parejas, de esas benditas parejas, no les importaba si éramos altos o bajos, feos o guapos, niños o niñas. Venían y entraban, repartiendo saludos, caricias y ternura.

Luego se iban al despacho de sor Teresa y allí siempre deján-dose asesorar por ella, tomaban una decisión, difícil para ellos, que nos hubieran escogido a todos y a cada uno de nosotros, di-fícil para ellas, nuestras monjas-madres que se debatían entre la alegría de la adopción y la tristeza de la separación, pero lo más difícil era para nosotros, los no elegidos.

Aún hoy en día y viviendo todo lo que me ha tocado vivir, recuerdo ese momento con el corazón roto de pena.

Mis monjas-madres me cuentan de una subvención nueva otorgada por el ayuntamiento, están como locas de contentas, llevaban años esperándola y ahora por fin ha llegado, así, pum, de repente. Me explican que van a intentar que llegue para ha-cer todos los baños nuevos, que buena falta les hace, dice sor Carmen mientras desvía la mirada hacia arriba y yo no sé si está buscando a Dios o es que hay una gotera.

Cuando me doy cuenta, son ya más de las ocho, tengo que irme, vuelvo el próximo martes, les digo, más besos y más abra-zos y por el pasillo hasta llegar a la puerta, me voy cruzando con toda la camada, y más besos y más abrazos. Y me voy. ¿Feliz? Quién sabe.

Llego a casa, mi casa. Se me hace extraña todavía esa palabra, aunque sí, me siento en casa aquí con mis compañeras-amigas. Cuando entro, oigo alboroto y voces en nuestra minúscula coci-

na y me dirijo hacia allí, las dos se giran al oírme entrar, las dos me preguntan cómo me ha ido mi día libre, las dos me sonríen. Y es María la que empieza a hablar:—Tengo los pies destrozados, hoy ha sido un no parar, no he podido sentarme ni un minuto.

—Anda, ve a tumbarte un rato, que yo ayudo a Ana con la cena.

—¿Estás segura? Tú también debes de estar cansada.

—¿Cansada? Como no sea de zamparme un quilo de galletas...Se ríe y sale de la cocina dándome las gracias.

—Ana, tú también debes de estar cansada.

—No, tranquila, estoy bien. ¿Cómo ha ido con tus monjas-madres?

Saben que las llamo así y les hace cierta gracia. Un día de estos, me comentaban que ellas tenían otra imagen de lo que era una monja, que creían que eran personas solitarias, austeras, serias y que solo se dedicaban a rezar. Muchas películas habéis visto vosotras, les dije.

Les expliqué cómo eran ellas, al menos las mías, las únicas que yo había conocido, les hablé de su cariño, de su ternura, de sus lágrimas y de sus risas. Pero sobre todo de su igualdad de trato hacia nosotros, que no les importaba si éramos blancos, negros o amarillos, porque a sus ojos y a los ojos de Dios todos éramos iguales.

Veo que Ana me está mirando y me doy cuenta de que me he quedado en el limbo y no la he respondido.

—Ha ido muy bien, como siempre. Encantadas y agradecidas de que vaya a verlas a ellas y a todos mis hermanos.

—Debe de ser duro ver a todos esos pequeños ahí, yo no sé si podría.

—Podrías.

—No puedo imaginarme cómo sería haber crecido en un orfanato.

—Lo mejor es llegar allí muy pequeño, sin recuerdos apenas. Si hay que ir a parar allí, cuanto antes mejor. Los que, por circunstancias de la vida llegan más mayores, lo tienen más difícil.

—¿Les cuesta adaptarse?

—Les cuesta hasta respirar.

Se me queda mirando con pena en la mirada.

—Pero solo es al principio, Ana, luego poco a poco se van adaptando a su nueva situación, unos más que otros, algunos necesitan ayuda.

—¿Psicólogos?

—Sí, psicólogos. Hay niños que han visto y vivido cosas que no deberían haber visto ni vivido jamás.

—Qué lástima me dan, Elvira.

—A mí también. Pero los que en realidad me dan lástima son los que todavía están por llegar, pero llegarán, los que ahora mismo están viviendo un infierno en sus propias casas. Los que llegarán con la mirada vacía, los que rechazarán toda muestra de cariño, los que tardarán meses en sonreír, los que llorarán en silencio cada noche.

—¡Dios mío!

—Sí, ese mismo Dios es quien los ayudará porque tiene un ejército de secretarías dispuestas a ello.

—Tus monjas-madres.

—Mis monjas-madres.

—¿Crees mucho en Dios?

—Sí, pero creo más en ellas, sus secretarías.

Terminamos de preparar la cena, en silencio, pensativas las dos, mismos pensamientos o distintos. ¿Qué más da? Vamos hacia el salón comedor. Hay un sofá de dos plazas para compartir, un pequeño televisor, una mesa y cuatro sillas. Nada más. ¿Quién necesita algo más? Yo no.

María se ha quedado medio adormilada cuando nos oye entrar, tiene el televisor encendido, pero sin voz y veo que están dando las noticias, mejor se quede así, ¿total?

Ponemos la mesa y nos sentamos a cenar y la conversación va fluyendo como un riachuelo perdido en algún monte. Todas tenemos cosas que contar, cosas banales podría pensar alguien que nos estuviera escuchando, discursos sin importancia. ¿Importancia? Para mí la tienen toda.

Que a qué hora os levantáis mañana, que quién entra primero en la ducha, que quién tendrá tiempo de ir a comprar cuatro co-

sas que nos faltan, que si ha llegado el recibo de la luz, que si hoy se ha vuelto a atascar el ascensor.

Y así, vamos terminando la cena y recogiendo, luego nos lanzamos al aire besos de buenas noches y nos vamos a acostar cada una a su habitación, cada una a su cama, cada una a sus sueños.

Y me duermo pensando que ahora sí, por fin, soy uno de los de la suerte.

AHORA. EL TREN

Ya llevamos tres horas de viaje, pronto llegaremos a Madrid y allí cogeremos otro tren, ya hacia nuestro destino.

Hoy es viernes, mes de junio, día veintidós. ¿Escogido adrede? Sí, por dos razones. La primera y más importante que mi hijo terminara la escuela, cuarto de la ESO, graduado y con buenas notas. Siempre ha sido muy buen estudiante. Memoria fotográfica, me dijo una vez su tutora. La verdad es que yo nunca lo he visto estudiar más de media hora para un examen y me alegro por él, porque yo sí que tuve que hincar los codos para sacarme el bachillerato y ahí justita me lo saqué.

La segunda razón, él, su padre, esta semana iba a estar de viaje por trabajo. He tenido una semana para prepararlo todo, han sido unos días de muchos nervios, hice las maletas, poca cosa, solo lo necesario. También compré dos móviles de prepago, imposibles de rastrear, solo me llevo la documentación de mi hijo y la mía y las tarjetas sanitarias, que espero no tener que utilizar, sé que se pueden rastrear, y él lo haría, lo hará todo, nos encontraría. ¿El coche? Se queda, también se puede rastrear, también nos encontraría, el tren, billetes pagados en efectivo, en taquilla.

No he dormido en toda la noche, me faltaba dar el golpe maestro, así que he ido a la caja fuerte que tiene en su despacho y de la que me sé la clave y he cogido todo lo que había, veinte mil euros, en billetes grandes y pequeños. Me los debía, me los debe, por cada golpe, por cada cicatriz, por cada paliza. Para él es solo

un pellizco en su economía. Sé que me buscará, querrá terminar su trabajo, matarme a golpes.

Nuestros móviles inservibles y en un contenedor del barrio, mis tarjetas de crédito rotas, también. A las nueve de la mañana nos subíamos al tren y desde allí he llamado al banco para dar de baja mis tarjetas, a la compañía de seguros donde tenemos las mutuas por enfermedad, también les he llamado y las he dado de baja, han intentado hacerme preguntas y he colgado, luego he llamado a la compañía telefónica para dar de baja los móviles, más preguntas, también he colgado.

¿Pistas? Ninguna. ¿Miedo? Mucho.

Y más que miedo, terror, pero las opciones eran pocas. Me quedo, me mata, va a la cárcel y mi hijo con mis monjas-madres. Segunda opción. Me voy, me busca, me encuentra, me mata, va a la cárcel y mi hijo con mis monjas-madres. Tercera opción. Me voy, no dejo pistas, no dejo rastro, no me encuentra, no me mata, no va a la cárcel y mi hijo con su madre-madre.

¿Esperanza? Sí.

He hecho las cosas bien, lo he dejado todo bien atado, aunque es normal que tenga miedo, porque lo llevo dentro, y años y años de miedo, no se van así, sin más. El miedo necesitará tiempo para ir difuminándose, evaporándose, desvaneciéndose, pero lo hará. Yo lo haré y Dios me ayudará.

Pienso en ellas, en mis monjas-madres, hace tiempo que no voy y ahora ya no volveré a ir, puede que nunca más. Les he escrito una carta esta semana, diciéndoles que me marchó, sin decir cuándo ni a dónde. No me fío de él, es el primer sitio donde me buscará. No hay detalles de nada en la carta, solo les digo lo mucho que las quise, lo mucho que las quiero, lo mucho que voy a quererlas siempre y les pido que rompan la carta. Nada más.

Cuando pueda, cuando me sienta segura y a salvo, ya buscaré la manera de ponerme en contacto con ellas.

Dejé de visitarlas ya hace varios meses, porque la última vez que estuve allí ya vieron algo en mí que no les gustó. No eres la misma, ¿Qué te ocurre? Me preguntaron. Di una excusa

rápida de que tenía prisa, me marché y no volví. Las he llamado y me han llamado, me han preguntado, me han pedido que les llevase a Dani que hacía mucho que no lo veían, que tenían noticias nuevas que contarme, que por qué no iba, que me echaban de menos.

¿Yo a ellas? Mucho más.

Pero no fui porque no quería que vieran, que supieran, no quería que se preocuparan por mí, que bastante trabajo tenían ya, por eso no fui, por eso me alejé de ellas, que tanto me habían querido y que tanto me quieren.

ANTES

Mi turno de trabajo empieza a las ocho de la mañana, tengo que levantarme temprano para coger el autobús que me lleva hasta allí. La cafetería está a quince minutos en bus y si voy andando tardo media hora o cuarenta minutos. Muchas tardes cuando termino y si el tiempo me lo permite, vuelvo paseando. Esos paseos son los ratos que reservo para mí y no porque me guste estar sola o tenga muchas cosas en qué pensar, al contrario, mi vida es tan sencilla que no tengo que pensar en nada. En el trabajo estoy encantada, con mis compañeras-amigas todo funciona de maravilla, con mi sueldo llego a final de mes de sobra, incluso podría ahorrar si me lo propusiera, pero prefiero gastármelo en pasármelo bien, en cines, en cenas, que si me compro esto, que si me compro lo otro. Tampoco es que me sobre tanto, pero lo que me sobra lo disfruto. No pienso en el futuro. ¿Para qué? Solo pienso en la libertad que me proporciona el dinero que gano, para hacer lo que me dé la gana.

Pero en esos paseos no pienso ni eso, solo voy andando y contemplando la ciudad, sus luces, sus gentes, sus ruidos. Eso sí, no hay una tienda que no me detenga a mirar y si veo algo que me gusta y aún la pillo abierta, pues entro y me lo compro.

Algunas de esas veces que he llegado a casa cargada con un par de bolsas, María y Ana me han regañado, que si gasto demasiado, que debería guardar un poco de dinero cada mes para imprevistos, que podría quedarme sin trabajo y entonces qué

pasaría. En esos momentos yo me quedo pensando que seguramente tienen razón y que debería hacerles caso por el simple hecho de que son mayores que yo y saben más de la vida. María un día me contó:—Elvira, me quedé sin trabajo de la noche a la mañana y sin derecho a cobrar del paro porque no había cotizado lo suficiente.

—¿Ah sí, María? No me lo habías contado.

—Te lo cuento ahora, porque a ti no hay quien te pare.

—¿Y qué hiciste?

—Buscar trabajo, claro, apuntarme a todas las empresas de trabajo temporal.

—¿Y conseguiste trabajo?

—Sí, pero a los tres meses.

—¿Y el piso? ¿Y el alquiler?

—Les tuve que pedir dinero a mis padres, un préstamo les dije, aunque ellos y yo sabíamos que no se los iba a devolver, pero no quería volver a casa, al pueblo, quería quedarme aquí.

—Entiendo lo que me quieres decir.

—No quiero que te ofendas, Elvira, pero ¿quién te prestará dinero si lo necesitas?

—Ya te había entendido.

—No te enfades.

—No me enfado.

—Te lo digo por tu bien.

—Lo sé, María y no estoy enfadada, solo es que yo quiero disfrutar de mi libertad.

—No hace falta ir de compras cada día para eso. Salimos al cine, salimos a cenar, vamos de copas, ¿no es suficiente libertad?

—Tienes razón, pero si hubieras crecido con tan solo un par de mudas y dos pares de zapatos en tu armario, tal vez entenderías la necesidad que tengo de comprarme cosas, llegar a casa, abrir el armario y verlo lleno. ¿Puede haber más felicidad que esa?

—No, no la puede haber, perdóname Elvira, no debí haberte dicho nada.

—No seas tonta, solo estaba bromeando, no tengo ningún trauma, ya me conoces, las dos me conocéis.

—Sí, pero tu infancia, yo no debería...

—Anda ven, que te enseño lo que me he comprado, que con el discursito voy a tardar días en volver a ir de compras.

Más tarde cuando me fui a la cama, no me podía dormir. Solo pensaba una sola cosa, que para ser libre necesitaba dinero, que sin él yo no era nadie y que yo no tenía a dónde volver, a dónde regresar, a nadie a quién pedir un préstamo. En ese momento, no supe, hasta qué punto ese pensamiento me haría cometer el mayor error de mi vida.

Por las mañanas, cuando llegaba a la cafetería ya había dos o tres clientes desayunando. Venga Elvira, manos a la obra, me decía Luisa día sí y día también y yo me ponía manos a la obra, a la cafetera, a repartir desayunos, a recoger mesas, a preparar bocadillos a lo que hiciera falta y me mandara ella que para eso era mi jefa. Nunca, en todos los años que trabajé allí y fueron unos cuantos, tuvo una sola queja de mí. Mi vida entera, por aquel entonces, dependía de mi trabajo y yo lo sabía. Sabía que sin trabajo no había piso, ni compañeras, ni compras, ni libertad y no es que no me sintiera libre cuando vivía en el orfanato, pero era distinto, muy distinto. Allí también podía salir y divertirme, pero con poco dinero y siempre con toque de queda. A los mayores, como decíamos nosotros y que éramos los que ya habíamos cumplido los dieciséis nos permitían salir hasta las diez de la noche, nunca más tarde, cómo no, nosotros nos quejábamos, suplicábamos, chantajeábamos, pero nada, ni un minuto más y el que volviera más tarde se quedaba una semana sin salir, yo me quedé tres, por lista y por subestimar a mis monjas-madres que todo lo que tenían de buenas lo tenían de estrictas. El primer sábado que llegué tarde, me quedé una semana sin salir e ingenua de mí pensé que ya había cumplido mi castigo, así que me salté las normas otra vez, ellas no se las saltaron, ni la primera vez, ni la segunda, ni la tercera que me retrasé y así sin salir y enfurruñada aprendí la lección. De todas maneras, esas salidas tampoco eran gran cosa, para mí al menos; quedaba con una chica del instituto donde cursaba el bachillerato e íbamos al cine o a tomar algo, ella

también tenía toque de queda en casa. Éramos muy ingenuas las dos por aquel tiempo, muy inocentes para nuestra edad, la única travesura que hicimos en esos dos años fue llegar tarde y total, para nada.

Dejé de tener amistad con ella cuando salí del centro, y no porque hubiese ocurrido algo entre nosotras, sino porque nos separaba toda la ciudad y poco a poco empezamos a dejar de tener contacto, tampoco fuimos nunca grandes amigas, puede que ni siquiera amigas, ahora viéndolo en la distancia creo que lo que en realidad nos unía era solo una cosa, el toque de queda, a las diez en casa, lo mismo para las dos.

Mi trabajo llena mi vida y me gusta, cierto es que hubiese preferido seguir estudiando, poder ir a la universidad y sacarme una carrera. Me gustan las letras, seguramente habría estudiado literatura, filosofía, humanidades o algo por el estilo. Me encanta escribir, de hecho, lo hago cada noche antes de acostarme, a veces sin darme cuenta han pasado tres horas y entonces me enfado conmigo misma porque tengo que madrugar y voy a estar hecha polvo por la mañana, pero a la siguiente noche ya estoy otra vez con lo mismo. Escribo cuentos, microrrelatos, prosa, poesía, da igual la modalidad o el tema mientras escriba, incluso he estado buscando concursos literarios en internet, hay muchos y en algunos el premio económico es bastante elevado, tal vez debería probar algún día, por probar no pierdo nada y ganar un poco de dinero extra no me iría nada mal, qué digo, me iría de maravilla. Mis compañeras de piso han leído varias cosas de las que escribo y me insisten cada dos por tres para que dé el paso, pero yo que estoy repleta de inseguridades, les digo que sí, que algún día, pero ese día no termina de llegar.

Me compré un ordenador portátil con el primer sueldo que gané, a plazos claro, lo estuve pagando durante cinco meses, pero es la mejor compra que he hecho y de la única que no me arrepiento.

Nunca había tenido un ordenador propio, en el orfanato habían, claro, los necesitábamos para estudiar, pero estaban en una

sala común que utilizábamos de biblioteca y solo había cuatro, lo que provocaba un montón de peleas y discusiones entre todos los que estábamos allí, con los continuos: “que si ya llevas mucho rato, que si ahora me toca a mí, que te quites que tengo que presentar un trabajo mañana sin falta, que si voy a buscar a sor Carmen y se lo digo”, y así todas las tardes cuando salíamos de la escuela, hasta que mis monjas-madres hartas de tanta pelea, cerraban la biblioteca con llave y ¡hala!, se acabaron las peleas, decían ellas, sin saber que luego empezaban otras: “que si ha sido por tu culpa, que ahora qué hago yo, que si eres muy egoísta, que si tú solo lo quieres para mirar tonterías, etc.”, y así hasta la hora de la cena. Niños y adolescentes discutiendo y peleando como todos los niños y adolescentes del mundo. La única diferencia es que en una casa pelean dos o tres como mucho y en cambio allí en el orfanato la batalla era de dimensiones épicas.

Guardo tantos recuerdos en la memoria de esos años que podría escribir un libro entero, tal vez algún día me anime a hacerlo, mi niñez en el orfanato, mi adolescencia en el orfanato, llena de juegos, de risas, de cariño, de hermanos y hermanas sin unirnos ningún apellido ni ningún parecido físico, hijos de distintos padres y madres, todos con un pasado para olvidar y que casi todos, olvidábamos con el tiempo.

Y ahora, aquí, en este momento y cuando ya han pasado varios años desde que me marché, siento añoranza de esa casa que era mi casa, de esos niños que eran mis hermanos, de esas monjas que eran mis madres.

Ahora que soy libre, algunas veces, quisiera volver.

Oigo una voz que me llama a lo lejos, no, a lo lejos no, es Luisa y prácticamente la tengo pegada al lado.

—Elvira, ¿se puede saber dónde estás? Hay tres mesas para limpiar.

—Perdona, Luisa, me he distraído.

—Sí, sí, tranquila, no pasa nada, solo que no deja de entrar gente y yo no puedo con todo.

—No volverá a ocurrir, discúlpame otra vez.

—Anda, no seas tonta y hazme dos cafés para la mesa siete.

—Marchando dos cafés.

Hago los cafés y me pongo a recoger las mesas, me había quedado en el limbo, seguro que es por falta de sueño, esta noche apenas he dormido cinco horas, voy a tenerme que poner un horario para escribir, hasta las doce y se acabó y luego a dormir.

Me gusta mi rutina diaria, mi vida de ahora, las labores del piso que nos repartimos entre las tres, cada una se ocupa de su habitación por supuesto, pero las zonas comunes, que de hecho solo son un baño, la cocina y el salón comedor las limpiamos entre las tres, a mí me toca los martes que es el día que libro y me gusta hacerlo, y me gusta estar en casa sola de día ya que nunca estoy y mientras voy limpiando voy pensando si algún día tendré un piso para mí sola y luego mis pensamientos van un poco más allá y pienso si algún día tendré un marido, hijos, una familia, una de verdad. Un padre-padre, una madre-madre, unos hijos-hijos. Y entonces me doy cuenta de que ya tengo veintidós años y ni siquiera tengo un novio. Nunca lo he tenido y pienso: ¿Quiero un novio? Y mi respuesta es no, siempre es no, estoy bien así, con mi trabajo, con mis amigas, con mis paseos, con mis libros, un montón por cierto que ya no sé dónde guardar, me compré una estantería en Ikea que apenas me cabe en la habitación y que ya está abarrotada, los que no caben voy haciendo pilas por el suelo y pienso que cualquier día no voy a poder entrar. Ya hace tiempo que estoy pensando en comprarme un e-book, así podría descargarme los libros y no me ocuparían espacio, lo que pasa es que me gusta leer en papel, sentir ese libro en mis manos, poder palpar esa historia. Me gusta el olor del papel, su tacto, quitarles el polvo cuando limpio la habitación, contemplarlos, admirarlos, adorarlos o sea que no sé, ya veremos qué haré.

Hoy he terminado mi jornada laboral más pronto, había poco trabajo a última hora y Luisa me ha dicho que me podía marchar, solo son las siete y media y hace una tarde preciosa o sea que decido volver dando un paseo mientras pienso en ella, en Luisa.

Es viuda, su marido murió después de una larga enfermedad ya hace muchos años cuando sus hijos todavía eran pequeños. Tiene dos, un chico y una chica, de mi edad aproximadamente. La chica, Pilar, está estudiando Bellas Artes en la universidad, Luisa siempre dice que es la artista de la familia, pero que no sabe de qué le van a servir esos estudios y que ella hubiera preferido que estudiara alguna otra carrera con más salida profesional, pero que la niña erre que erre: "O voy a la facultad de Bellas Artes o me quedo aquí repartiendo cafés, tú verás". O sea que Luisa no tuvo más remedio que ceder al chantaje, los hijos, como dice ella, unos expertos en chantajes, ya de muy pequeños, todos: que si quieres que haga esto, me dejas salir hasta más tarde, que si recojo la cocina luego hago lo que me dé la gana, que si te ayudo en la cafetería me das veinte euros y así, venga, dale que dale, como dice Luisa. Y yo, que como todos también he sido una chantajista me río por dentro mientras ella me cuenta.

Su hijo, Manuel, es otra historia, y la preocupación más grande de su vida, ya de pequeño se ve que era un niño muy rebelde, incapaz de atenerse a ninguna norma, pero el problema de verdad llegó en la adolescencia, con apenas trece años dejó de acudir a la escuela y si iba solo era para liarla, terminaron expulsándolo y ahí fue cuando empezó a fumar porros, llegaba a casa colocado y violento. Luisa, en su desesperación, lo había llevado a casi todos los psicólogos de la ciudad, pero ninguno consiguió ayudarlo y el pozo en el que se iba metiendo cada vez era más profundo e impenetrable. Luisa empezó a echar la culpa de todo lo que sucedía a los amigos de su hijo, malas compañías, me dijo un día.

Malas compañías. Yo soy joven y sé muy poco de la vida, apenas nada, pero en ese instante, pensé: ¿Y si la mala compañía resulta que es él, tu hijo? Porque si una cosa está clara es que las madres de los demás chicos también tenían claro que sus hijos andaban con malas compañías. ¿Y entonces? ¿Quién era mala compañía para quién? ¿Por qué tenía que ser el hijo de otro? ¿Por qué no el hijo de uno?

Solo he visto a Manuel tres o cuatro veces durante estos años que llevo trabajando en la cafetería y recuerdo cómo me impactó

la primera vez que lo vi, tan joven y a la vez tan viejo, un chico de ojos hundidos y manos temblorosas que entró por sorpresa una noche cuando ya estábamos a punto de cerrar el bar, buscando desesperadamente a su madre, pidiéndole, mejor dicho, exigiéndole que le prestara dinero, un dinero que Luisa sabía a qué iba a ir destinado, le pidió que se sentara, que hablaran, le suplicó, le rogó y yo lo veía a él con la mirada solo puesta en la caja registradora y luego todo pasó muy rápido, fue hacia la caja, la abrió, cogió un puñado de billetes y salió corriendo de allí, mientras decía: “Lo siento, mamá”.

Esa noche yo no tenía que estar allí, mi turno termina a las ocho, pero Luisa me había pedido si podía quedarme hasta la hora del cierre porque tenía un grupo grande para cenar y le vendría bien un poco de ayuda.

Fue ese día cuando me explicó sin poder dejar de llorar la historia de Manuel, me dijo que andaba metido en drogas, incluso que lo había ingresado en un centro de desintoxicación un par de veces y que las dos se marchó por voluntad propia, que no sabía dónde pasaba los días y las noches, que probablemente estuviera viviendo en una casa de ocupas y que solo aparecía de vez en cuando para pedirle dinero.

—Mi hijo es mi vida y mi cruz.

—Está muy perdido y necesita ayuda.

—Es imposible ayudar a quien no se deja, tal vez, si hubiera crecido con un padre o si yo en su niñez hubiese sido más estricta con él, pero con lo que nos sucedió, me dediqué a mimarlos y a consentirlos a los dos. Eran lo único que tenía.

—No es culpa tuya, Luisa, y la prueba es Pilar.

—Sí, Pilar, suerte que la tengo a ella, porque si no...

—Si no, ¿qué?—No lo sé Elvira, no lo sé.

—Pues déjalo que haga su vida, ya se lo encontrará.

—Sí, la muerte en cualquier esquina.

—No digas eso, Luisa.

—Todavía eres muy joven, Elvira, pero si algún día tienes hijos entenderás, verás cómo ese niño te roba tu vida para convertirla en la suya, tu corazón ya por siempre palpará dentro de él,

sus pasos serán tu camino y ya no habrá vuelta atrás, porque los hijos se quieren con las entrañas.

Yo la quería entender, pero ¿cómo? Si yo no había tenido una madre, si no sabía cómo querían las madres a sus hijos ni los hijos a sus madres. Me hablaba de entrañas y yo pensaba en el hígado, en los riñones y en todos los órganos del cuerpo que me venían a la cabeza y no entendía nada.

Desde ese día en la cafetería, nuestra relación cambió. Dejé de verla solo como mi jefa y ella dejó de verme solo como su empleada y empezó una amistad que iba a durar muchos años.

AHORA. EL TREN

El tren empieza a reducir la velocidad y entramos en Atocha, no he estado nunca aquí, en Madrid y tampoco voy a estar ahora porque vamos a coger otro tren. Miro a Dani y veo que sigue durmiendo, no quisiera despertarlo porque me duele demasiado su mirada, pero voy a tener que hacerlo.

—Dani, cariño, despierta, hemos llegado a Madrid.

Empieza a desperezarse y a moverse lentamente mientras se va incorporando en el asiento.

—¿Dónde estamos?

—En Madrid.

—¿Y qué se nos ha perdido en Madrid?

—No se nos ha perdido nada en ninguna parte, hijo.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

—No, solo vamos a coger otro tren.

—¿Otro? ¿Vas a decirme de una vez adónde vamos?

—Dani, ¿cerraste ayer como te pedí tus cuentas de Facebook e Instagram?

—Sí, mamá, tranquila, ya no tengo amigos, ya no tengo nada.

—No digas eso, Dani.

—¿Y qué quieres que diga entonces?

—Te lo he explicado hijo, como veinte veces esta semana. No puedes tener ninguna red social durante un tiempo, nada que tu padre pueda rastrear.

—¿Pero me tienes por tonto o qué? ¿Crees que voy a dedicarme a colgar fotos del maldito sitio adonde me estás llevando?

—Sé que ahora no, pero algún día tal vez, sin darte cuenta, un comentario, una imagen. No puedo arriesgarme, Dani, no podemos arriesgarnos.

—Muy bien mamá, tú ganas, pero tengo derecho a saber adónde vamos.

—Vamos a Galicia.

—¿A Galicia? ¿Tan lejos? ¿Por qué hemos de irnos tan lejos?

—Ya sabes por qué.

—Ahí siempre llueve, todo el puto día lloviendo.

—No llueve siempre, hijo. No exageres.

—¿Pero que no oyes a los del tiempo o qué? Viven en medio del puto diluvio universal.

—¡Dani, por Dios! Y haz el favor de hablar bien.

Me río por dentro, por fuera no, porque seguramente se iba a enfadar más, pero es que dice unas cosas y todavía no sabe que no vamos a ninguna ciudad, sino a un pueblecito de la costa, pero ya se lo contaré dentro de un rato, porque me va a echar la caballería encima otra vez y yo bastante nerviosa que estoy ya.

Cogemos las maletas y nos bajamos del tren y veo que la estación es inmensa, parece un aeropuerto y le digo a Dani que no se separe de mi lado. Tenemos que esperar un par de horas para coger el siguiente tren, no hay ningún AVE que conecte Madrid con Vigo o sea que vamos a ir en un tren de larga distancia, siete horas de camino como mínimo, pero yo, muda, que no tengo ganas de oírlo otra vez. Iremos a comer algo mientras esperamos, pero primero quiero localizar la salida del tren hacia Galicia porque no quiero tener que correr luego. Le digo a Dani que me ayude y pone ojos de desesperación, de esos de: “para qué vas si no te enteras de nada y no sabes ni lo que estás buscando”. Pero ahora mismo me da igual ni cómo me mire ni lo que piense, solo quiero encontrar el maldito enlace.

Por supuesto lo encuentra él, que de tonto no tiene ni un pelo y de paso le va perfecto para decirme: “Que yo sola aquí, me tiene que venir a rescatar la guardia civil”.

Me vuelvo a reír por dentro, aunque la situación en la que nos encontramos no es para reírse, ni mucho menos.